

La reforma del sistema

El sistema electoral español es muy poco representativo. El elector no sabe a quién elige, vota unas siglas, y los elegidos no conocen a sus electores, ni responden ante ellos.



Gaspar Ariño

Catedrático de Derecho Administrativo

España atraviesa una gravísima situación política provocada por una corrupción generalizada que se ha extendido como la grama en los campos, subterráneamente, por todas las Administraciones, en todos los territorios, en todos los sectores. Se han perdido los principios, valores y creencias en los que se basa la limpieza y moralidad de los gobiernos.

En los seis meses transcurridos desde su acceso al trono, el Rey Felipe VI ha dirigido tres importantes discursos a la nación –el de su proclamación, el de la entrega de los premios Princesa de Asturias y el de Navidad del pasado año– y en los tres se ha referido con preocupación a “la indignación y el desencanto que generan en la ciudadanía los comportamientos de los políticos”, a la necesidad de “afrontar con firmeza las causas de estos problemas, evitando que esas conductas echen raíces en nuestra sociedad”. El Rey ha subrayado la exigencia de “referencias morales a las que admirar, principios éticos que reconocer, valores cívicos que preservar”; y ha hablado de la necesidad de “una profunda regeneración de nuestra vida colectiva”.

España atraviesa una gravísima situación política provocada por una corrupción generalizada

Son palabras duras que fueron formuladas en un tono enérgico y con el rostro serio. Sin duda la honestidad de las personas que protagonizan la vida política y la vida económica de España es fundamental. Pero yo estoy convencido de que las causas determinantes de esta situación que azota la vida política española no está sólo en la pérdida de moralidad individual de nuestras gentes, sino también en los vicios de un sistema político e institucional que se ha degradado. No creo que los españoles seamos genéticamente más viciosos y sinvergüenzas que alemanes, ingleses u holandeses. El orden jurídico-político que llamamos Estado de Derecho está concebido justamente para hacer vivir al hombre en un marco en el que rijan esos valores y principios; y esto es lo que en España funciona peor que en otros países. Tan importante como la regeneración moral de las personas es, en mi opinión, la reconstrucción de nuestras instituciones.

Tenemos en España una democracia de muy poca calidad y un Estado en vías de desintegración. Es falsa la estructura y funcionamiento democrático de los partidos, es falsa la división de poderes, es falsa la independencia del poder

judicial, incluido el propio Tribunal Constitucional. Y han sido invadidas por los partidos políticos las Administraciones Públicas y las instituciones reguladoras de la economía. Si la democracia española quiere sobrevivir con dignidad y ser respetada por la ciudadanía, tiene que poner remedio a estos y otros hechos, que son una grave amenaza al Estado de Derecho y al buen gobierno.

Decía el gran Alexis de Tocqueville algo que he repetido muchas veces a lo largo de mi vida: que “los vicios de un sistema son siempre superiores a la virtud de los hombres que lo practican”. Y algo de esto nos ocurre en España: el sistema político-administrativo español tiene algunos elementos viciosos que integran lo que llamo la matriz de la

fuerza de corrupción. No sé por dónde andarán hoy las cifras, pero la última vez que las miré, la financiación de los partidos (y sus fundaciones) andaba por encima de los 300 millones de euros anuales. Un disparate. Junto a ello, los partidos invaden el Estado a todos sus niveles y lo saquean de mil formas distintas. Es otra fuente de corrupción. Finalmente el tercer elemento generador de corrupción es la tutela política de los negocios. En España se da un extraño vasallaje político de grandes sectores económicos, casi siempre sectores regulados, en los que el poder político –central, autonómico y local– tiene amplios títulos de intervención, regulación y control. ¿Cómo no responder con donativos generosos, a las peticiones que les presente un partido en el

Estamos al final de una época y el que no vea que esto es así acabará estrellándose. La sucesión en el trono, la desaparición de casi todas las figuras de la Transición, la reforma anunciada de la Constitución (se quiera o no se quiera) y la llegada de una nueva generación de hombres y mujeres a los puestos de liderazgo nacional, son hechos patentes que anuncian una nueva etapa de nuestra historia. No hay que ensañarse en la crítica del pasado (se hizo lo que se pudo), pero tampoco hay que empecinarse en él, con un inmovilismo suicida, porque esto no puede seguir así. No se trata de romper ningún candado. Se trata, después de 37 años, de mejorar lo que tenemos, incluida la Corona, pieza esencial del sistema político español que hay que institucionalizar y regular.



Michelle Jenner y Rodolfo Sancho en la serie televisiva 'Isabel', sobre los Reyes Católicos.

corrupción. Tres elementos determinantes de la corrupción son a mi juicio los siguientes: 1) el sistema electoral, 2) la financiación de los partidos políticos, y 3) el maridaje perverso que se da en España entre política y negocios. Es importante luchar contra la corrupción, aprobar leyes que la persigan, que se agilicen los procesos y se endurezcan las penas de los corruptos. Pero más importante es que revisemos los ámbitos, actuaciones y espacios en los que la corrupción anida y se produce. Diré más: la hacen inevitable.

El sistema electoral español es muy poco representativo. El elector no sabe a quién elige (vota unas siglas) y los elegidos no conocen a sus electores, ni responden ante ellos. Genera además partidos mastodónticos, dictatoriales, de grandes aparatos, con miles de sedes y miles de empleados, que necesitan enormes cantidades de dinero, público y privado, para sobrevivir. Por las manos de los partidos pasa un dineral, que muy pocos administran y eso es una

poder, si el negocio está en sus manos? Otra fuente de corrupción.

Todo esto tiene soluciones y las he expuesto en más de una ocasión en estas páginas. Son soluciones más eficaces que las reformas penales y más realistas que la utópica transformación del ser humano en un “hombre nuevo” que sea bueno, justo y benéfico. Pero hay que ponerse a ello, hay que atreverse, sin miedo, a una reforma drástica del sistema, de modo que las instituciones recuperen la confianza de los ciudadanos.

La ejemplaridad no sólo es exigible de la Corona, sino de todos y cada uno de los líderes políticos

Estamos al final de una época y el que no vea que esto es así acabará estrellándose

El día de su proclamación como Rey de España, Felipe VI habló también de “una Monarquía renovada, íntegra, honesta y transparente” y el nuevo Monarca ha empezado dando ejemplo con una serie de actuaciones, decisiones y criterios de comportamientos que ha hecho públicos y han venido a recuperar en no escasa medida la pérdida de autoridad y prestigio que la Corona había sufrido en los últimos años. El joven Monarca se ha ganado en pocos meses la credibilidad y el cariño de las gentes. Y como escribía hace pocos días un agudo observador “la ciudadanía comienza a caer en la cuenta de que Don Felipe les saca cabeza y hombros a quienes están al frente de las instituciones que él, como Jefe de Estado, según la Constitución arbitra y modera”.

La ejemplaridad no sólo es exigible de la Corona, sino de todos y cada uno de los líderes políticos, a quienes la población otorga su confianza... y su dinero. El nuevo Rey es muy consciente de ello; y los políticos deben aplicarse el cuento.